

ción universal. No se podía ir con estas metafísicas á Carlos IV. De Aranjuez al Pardo; del Pardo á la Granja; de la Granja al Escorial continuamente; no vagaba por allí para habitar los palacios de sus padres ó para recorrer los pintorescos jardines y los umbrosos bosques; iba de combate con sus semejantes, los animales; iba de montería, de ojeo, de caza, persiguiendo á los jabalíes, cuando apenas se distinguía y apartaba de ellos por su mortecina y limitada inteligencia. En estas hubo un cambio radical de política; este cambio no se debió, ni al influjo de las ideas vivificadoras, ni al ímpetu de las corrientes magnéticas que impelen los grandes hechos sociales; debióse á maniobras palaciegas, demostrativas de cuán corruptas estaban las viejas cortes y cuán indispensables eran las nuevas revoluciones. Florida-Blanca, tan desacertado en su política exterior con la nación vecina, estuvo acertadísimo en su política interior, y prestó á España inolvidables servicios. Dos plagas caían sobre nuestro maltrecho Estado: una teocracia conjurada ya por la expulsión de los jesuitas, y un pretorianismo conjurado también por el predominio que Florida-Blanca diera, con razón, al elemento civil sobre los elementos militares. Así es que todo confesor del Monarca, todo clérigo de las capillas reales, tanto abates, pulidos y perfumados á usanza francesa, como pululaban por las antecámaras del palacio, hacían al primer ministro una oposición horrorosa. Quitense de la cabeza los enemigos de la libertad el empeño fantástico en matar las oposiciones, quienes, si no estallan en las cámaras, estallan en las camarillas; si no se manifiestan en la tribuna, donde resuenan los altos y solemnes discursos que son revelaciones del verbo universal, se manifiestan en las intrigas palaciegas, por cuya sombra se arrastran los más venenosos reptiles. Así, había tantas oposiciones en el palacio real de Madrid como pudiese haber en el parlamento británico y en la cámara francesa. Mientras pugnaban los sacerdotes con Florida-Blanca por un lado, pugnaban por otro lado los militares, llevando á su cabeza un general tan poderoso é influyente como el conde de Aranda. Mas no derribaron á Florida-Blanca ni teócratas, ni pretorianos; lo derribó María Luisa, mujer de Carlos IV, la cual, imposibilitada de hacer á su querido Godoy, un verdadero Monarca, lo hizo un primer ministro.

Mas no lo hizo al primer golpe. Nombró antes al conde de Aranda. Demasiado artista la vulpécua horrible aquélla, comprendió cuán fragoroso escándalo armarse debía con la exaltación al gobierno de un joven inesperto y oscuro, hidalgo segundón y mediano, el cual, á los veinticinco años entonces, apenas acababa de rumiar una mala gramática en Badajoz, su patria, y que, por haberse atraído las miradas de nueva Mesalina y haber satisfecho los caprichos de una vida inmunda, iba derecho á personificar el Estado español con más poderes efectivos y más fuerzas políticas que los reyes mismos en persona. Indudablemente, advertida por el rumor levantado dentro de la misma corte contra la elección del favorito, María Luisa llegó en aquel momento á refrenarse y prefirió se nombrara en una rápida interinidad al grande consejero é inspirador de su ilustre suegro,

entreteniéndolo con artificios y aplazamientos para dar mayor seguridad al golpe. Entretanto, Palacio entero y toda la corte se habían trocado en una escuela de Godoy. No bastaba con improvisarlo primer ministro; era necesario que sus conocimientos le autorizaran un poco para cargo tal excelso, y que una ciencia más ó menos sólida le diera cierto áureo barniz de indispensable autoridad. Así todas las bibliotecas se abrieron á su estudio, todos los representantes de los más altos organismos le dijeron los secretos de su oficio; todos los papeles más reservados del palacio y más reclusos bajo siete llaves quedaron abiertos á su conocimiento y á su examen. Para probar hasta donde se llevó tal especie de continua enseñanza tirando á improvisar un estadista, Carlos IV autorizó con toda solemnidad la presencia de Godoy en sus conversaciones más íntimas con el primer ministro. La presencia de Aranda en el gobierno fué muy favorable, todo cuanto podía serlo, á los franceses y á Francia. Nuestro primer ministro, general y filósofo á un tiempo, estaba inscrito en aquellas legiones militares que por espíritu caballeresco amaban la nueva idea y la sirvieron como pudieron servir los antiguos Templarios el sepulcro de Cristo. Aranda se parecía mucho á Lafallete. No mostraba el carácter errante y nómada del gran cruzado de la libertad; pero, en cambio, servía la libertad con más profunda reflexión y mayor talento, desde las alturas serenas, á los cuales no llegó nunca el general francés sino por breves días y bajo la epilepsia de un profundo sacudimiento social. Pensador de primer orden; muy devoto de las ideas enciclopedistas; inscrito un tiempo entre los masones por odio á los jesuitas, gran adivinador de los futuros fenómenos sociales en su tiempo; estadista consumado y diestro gobernante; la política no guardaba secretos para el conde Aranda, quien sabía limitar los ideales por la realidad y por las circunstancias en lo presente; aperebir lo venidero con sus necesarias mejoras sin revelar impacencias por su realización y sin parecer desearlas; estimar en todo cuanto vale de suyo el poder de lo pasado por la influencia que tienen los muertos sobre los vivos en la santidad de los recuerdos y en la viveza de los sentimientos. Pues á un hombre así, el general mayor de nuestro ejército; el ministro más oído por Carlos III, al diplomático español más admirado en los consejos europeos, al estadista que había predicho innumerables hechos cuya realización demostraba sus previsiones y sus altísimas calidades de gobernante, designábalo María Luisa para entretener el tiempo que necesitaba en trasladar su querido desde los colchones del adúltero tálamo suyo á las alturas del Estado español. Pero sea de esto lo que quiera, la entrada de Aranda en el ministerio y la salida de Florida Blanca, sirvieron mucho á los franceses y á Francia. El terror á la revolución se convirtió en una serie de consideraciones meditadas y reflexivas, cuya benevolencia se compadecía con el rigor y la justicia. Aranda parecido en el ímpetu á Lafayette, en el seso á Malesherbes, en el pensamiento á Turgot y en el gobierno á todos los estadistas de primer orden, estaba muy lejos de la galofobia

que aquejó á su antecesor; y admitía de suyo hasta la justicia y el derecho de la universal revolución, pretendiendo tan sólo se recluyeran en los límites de lo posible y no forzara, ni la voluntad ni la conciencia de los pueblos so pretexto de redimirlos y emanciparlos. Así pasamos desde la intransigencia del anterior ministro á una sistemática neutralidad, la cual, si no llegó á reconciliar la revolución francesa con la Monarquía española, puso una sabia tregua entre sus respectivas perdurables discordias.

Mientras negociaba el gran ministro con Francia respecto de la neutralidad española, íbale cortando la yerba so los pies, la terrible María Luisa. Cuando más empeñado estaba en arreglar y sistematizar la neutralidad entre los dos Estados de aquende y de allende los Pirineos, y por lo mismo respetos y consideraciones mayores merecía de aquellos reyes que le confieran el gobierno; los reyes habían decidido entre sí, en secreto y con grandísima reserva, sin que á ninguna parte trascendiese, ni nadie adivinase tal decisión, despedirlo como á un lacayo. Era el quince de Noviembre de mil setecientos noventa y dos. Pasaban los grandes acontecimientos descritos en los anteriores capítulos é iba el Rey Luis XVI del Temple á la Convención y de la Convención al Temple, como acusado y como reo. Nunca se había necesitado de un hombre superior á la cabeza del gobierno, como en aquellas trágicas circunstancias. Y dentro de España, quizá fuera de España, no había quien superase y venciese al gran conde de Aranda, por su copia de méritos y su variedad de aptitudes. Machucho en achaques diplomáticos; antiguo asistente á los salones literarios de París; amigo siempre de Francia; nadie se hallaba como él, en estado propincuo de arreglar los negocios franco-hispanos, desarregladísimos por la neurosis de Florida-Blanca. En consecuencia no se presentó jamás ocasión menos propicia de despedir y derribar un ministro, que aquella ocasión extraordinaria. Con mayor oportunidad los reyes franceses despidieron á Turgot del ministerio; y este acto inconsiderado y temerario, les costó la corona y la vida. Encerrado en su casa la noche del quince de Noviembre, pensaba en todo Aranda, menos en dejar el gobierno. Su ascendiente natural, su influjo histórico, su larguísimo trato con la regia familia, sus servicios innumerables, el plan que traía de conjurar una guerra entre dos poderosas naciones, asegurábanle á la verdad el poder, si algo puede haber seguro en pueblo gobernado por los caprichos de la voluptuosidad y por los horrores del vicio. Mas un recado urgentísimo exigíale al primer ministro la presencia inmediata en el palacio real. Aranda se personó en palacio; y no tardó un punto en presentarse ante los reyes. Juntos estaban los dos, marido y mujer, porque aquel no se atrevió á ningún acto que dejara de presenciar y sancionar María Luisa, consejera primero y después gestora de los públicos negocios. Aranda echó de ver cierto titubeo en las palabras y cierto embarazo en los gestos de sus dos señores. La sumida boca de la Reina se sonría con extraña sonrisa de bruja, y sus ojos despedían chispas como las despedidas por los ojos de las gatas y de las lechuzas en una profunda oscu-

rida. El Rey parecía un maniquí; baja la cabeza, caidos los brazos, y sin atreverse á mirar de frente al que había llamado á su regia presencia. El Conde comprendió que pasaba mucho de singular y extraordinario en aquellos momentos; pero inútilmente tras las arrugas de su fruncido entrecejo, y tras la concentración de su mirar profundo latía el esfuerzo por percibir y reconocer lo que pasaba. ¿Quién adivina las voluntades caprichosas y arbitrarias de una voluptuosidad confinante con la más terrible y asquerosa prostitución? Así Aranda se quedó hecho una estatua, cuando los reyes le comunicaron en palabras muy dulces, con gestos muy amables, adulándolo á una por medio de lisonjas calculadas mientras le malherían el corazón, que se hallaban en el caso de rogarle dimitiera la pública gobernación del Estado, porque sus muchos achaques y sus muchos años no le permitían ya continuarla con gloria para sí mismo y con provecho de la Monarquía. El Conde, tras aquella despedida, no pudo hacer otra cosa, vasallo y siervo de una monarquía tradicional y absoluta, que bajar la cabeza con aires de sumisión y dejar á los reyes con aires de respeto. El escándalo dentro del palacio, al saber la caída del primer ministro, fué fragoroso. Los más sobrios y mudos cortesanos, si al oído unos con otros departían, no callaban la extrañeza del cambio y lo inverosímil y aun asqueroso de la segura sustitución. Pero María Luisa, demente por su rendido amor, echábale con prodigalidad encima cuantos cargos, veneras, títulos, cintas, honores, sueldos, rentas, á mano tenía, engrandeciéndolo con una singular prodigalidad y con una largueza sin ejemplo. La Orden de Santiago brilló con su roja cruz tan venerada entonces, sobre aquel pecho; los grados mayores del ejército, realizaron á tamaño subalterno; mariscal de campo en los cuarteles; gentil-hombre de cámara en los aposentos; grande de España de primera clase, cubierto ante los reyes; duque de Alcudia; consejero de Estado; Superintendente general de Correos y caminos; causaban vértigos las alturas de sus inexplicables y súbitas grandezas.

Para colmo de todo esto, le nombraron primer ministro y le pusieron en posiciones, con que acaso no había soñado el favorecido en los ensueños mayores de su ambición y en los espasmos mayores de su esperanza. Cuando arreciaba la tormenta; el necesario experto piloto no pasaba por su experiencia y por sus años de simple y jugueteón grumete. Parece que su fortuna se había empeñado en promoverle los más graves obstáculos y en malherirle con las más penosas dificultades al mismo tiempo que lo colmaba de beneficios. La Convención por aquellos meses condenó al Rey Luis XVI. La ejecución del Rey se consumó en el cadalso y sublevó á la Europa monárquica. Los convencionales, cada día más exaltados, hicieron declaraciones de propaganda revolucionaria y mandaron cartel de guerra implacable á todos los Reyes y á todas las monarquías. Cuán difícil situación aquella para don Manuel Godoy, sin más títulos que su prestancia varonil y sin más conocimientos que los allegados en un pobre colegio de Badajoz, donde á lo sumo le adoctrinarían en un

poco de latín macarrónico y otro poco de filosofía escolástica. Pero á María Luisa no le importaban cosas las dificultades, con tal de haber satisfecho su capricho y colocado el querido casi al nivel del Monarca. Estudiando un poco la corte aquella, échase de ver que allí reinaba un holgorio perpetuo. Las botas de vino por los aires; las castañuelas de los chulos y de las chulas en las manos; los más vulgares juegos de las clases plebeyas admitidos como sanos ejercicios de las altas clases; el torero junto al Monarca; el majo al lado de la Reina; el toro en la plaza siempre; la pandereta convertida en escudo de la Nación; hechos guardias de Corps los picadores; puestas las espadas de matar entre los báculos episcopales y los bastones patricios y los regios cetros; el Soto de Migas Calientes por todo escenario de la corte; los Fontanones de la Teja, por todo lugar de cita; los niños amaestrados á torear desde la cuna; los grandes vestidos como Pepe-Hillo y Costillares, que ponían la moda; jugábase por todas partes á la gallina ciega con todos los resortes y todos los instrumentos de gobierno, y lo absorbía todo y lo representaba todo y lo personificaba todo, el manolo desvergonzadísimo y borracho. Ved los tapices de Goya; notad los cuadros maravillosos de este Velázquez de los Borbones, oid los sainetes de don Ramón de la Cruz, donde se rasgúan tantas guitarras y tantas castañuelas se tocan, á la verdad con gracia imponderable; seguidamente veréis que las altas clases bajan y bajan hasta confundirse con las clases inferiores y las clases inferiores suben y suben hasta confundirse con las clases altas, no en la proclamación y ejercicio de todos los derechos, como sucedía entre los franceses, no, en el toreo, en la chulapería, en la huelga, en la indecencia. El reinado de Carlos IV se parece mucho al reinado de Carlos II. La misma imbecilidad reina en el trono; mayor ciertamente la imbecilidad del Borbón que la imbecilidad del Austria. Y los dos reinados, aparecen igualmente infelices ante la Historia. En el reinado de Carlos II, predominan los frailes; en el reinado de Carlos IV, predominan los chulos. En el uno se dilata mortal tristeza, en el otro se dilatan huelgas y holgorios, más tristes aún que las tristezas del *Hechizado*. Por uno y otro tiempo estuvo España en trance de muerte. Poco faltó para que no desapareciera del globo nación tan ilustre y no quedara enterrado para siempre al pie del Escorial ó de la Granja nuestro gloriosísimo Estado. Y le ha sucedido esto al uno y al otro Rey, porque ambos á dos representaron instituciones muy funestas: Carlos II las últimas consecuencias del despotismo religioso; Carlos IV las últimas consecuencias del absolutismo civil. Y los pueblos, en el absolutismo estancados, se pudren para siempre. Así la podredumbre del tiempo de Carlos IV; así aquel Rey paciente; aquella Reina lasciva; los grandes humillados; los pequeños extraviadísimos; la corte una escuela de vicios; la política un premio al adulterio; las relaciones internacionales extremadas en opuestos sentidos y puestas fuera de quicio con frecuencia; una estirpe ó reunión de hombres ilustres supervivientes al período de Carlos III y con grande autoridad intrínseca y con grandes méritos propios, tratados como extranjeros en su pa-

tria; estadista, como el conde de Aranda, sabios, filósofos, diplomáticos, generales, literatos, puestos por el menosprecio de arriba, más abajo que las clases populares inferiores, sin que por aquel entonces nadie soñara con una revolución, cuando la revolución relampagueaba y venía sin remedio por los cuatro puntos del cielo.

Pero la revolución francesa lo invadía todo y todo lo llenaba en aquel crítico momento. A conjurarla en parte; á impedir, por lo menos, el golpe mortal que amagaba la cabeza de Luis XVI, consagráronse los esfuerzos del nuevo primer ministro. No tenía Godoy contra la revolución francesa ni los afectos enemigos, ni las supersticiones odiosas de Florida-Blanca. Encontrándose con un tratado de neutralidad, concluído entre su predecesor y el ministro de la República francesa, si quier no estuviese publicado, lo admitió con gusto y lo sancionó con su asentimiento. Así, para ver de salvar al desdichado monarca francés, propuso á Francia, no solamente la publicación del tratado de neutralidad, sino el reconocimiento de su República y la intercesión activa española con las potencias beligerantes en favor de la paz á cambio de que salvaran los franceses la vida de Luis XVI, y lo dejaran venir sano y salvo á Madrid, donde hallaría hospitalidad y asilo regios en el palacio de sus deudos. Godoy llevó sus promesas hasta ofrecer la solemne renuncia del Rey francés á todo conato de restauración y hasta señalar rehenes fiadores del cumplimiento de su palabra; y no satisfecho con dirigirse á la Convención, hizo lo que más costaba entonces á un ministro borbónico, tratar con Inglaterra, tan enemiga tanto de Francia como de España, tratar con Pitt, implacable adversario de todos los Borbones. Estos medios, aunque ineficaces y tardíos, no dejaban de tener alguna virtud, ó por lo menos, alguna legitimación, en el empeño de nuestra corte por salvar y redimir á la corte francesa. Pero Godoy, en su pequeñez y en tu mezquindad, triste personaje de irremediable decadencia, apeló ciego á medios viles, cuyos efectos fueron á España deshonrosísimos y á la monarquía francesa funestos. Desde los comienzos del gran movimiento revolucionario, Luis XVI creyó tan fácil cohechar la revolución en el pueblo, como se cohechaban los malos empleados en la corte. Así asignó gruesas cantidades á comprar clubistas y tribunos. Pero el mercado aquel se convirtió en una inmensa estafa. Corredores vergonzosos, agentes embusteros, zurupetos de zahurda y de burdel se repartieron los luises asignados por el Rey á la compra de conciencias. Algo de todo esto hizo á su vez Godoy con ánimo de cohechar la Convención y redimir por este vergonzoso cohecho á Luis XVI. Unos dicen que se mandaron tres millones á Ocariz, nuestro agente diplomático en Francia para granjearse voluntades; otros que doce millones; y Godoy en sus Memorias afirma que no hubo cuenta ni tasa en el empeño formidable. ¡Mal expediente y de pésimos resultados! Los rumores, que aseguraban correr dinero en las relaciones entre Francia y España, exaltaron más á los exaltados y difundieron inútiles sospechas entre todos, combatidas y conjuradas por cada uno poniendo como no digan dueñas á nuestro gobierno y á nuestra patria. En los largos informes, con que han